

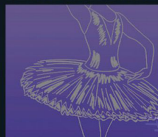
LIBRO: 1

LOCAL



JUGADOR

VISITANTE



DIOSES DEL JUEGO

THE STRIKER

LOS OPUESTOS SE ATRAEN

ANA HUANG



booket

Ana Huang

The Striker

Los opuestos se atraen

Traducción de Alicia Botella y María Brotons



1

Asher



No solía tener pánico escénico, pero nada como tener a setenta mil personas mirándote mientras la cagas para ponerte nervioso.

El sudor se me metió en los ojos cuando recibí el balón del extremo izquierdo. Los vítores de la multitud alcanzaron el punto álgido y noté una punzada de inquietud en el estómago.

Normalmente, el entusiasmo de la afición me motivaba. Al fin y al cabo, cuando era pequeño soñaba con vivir momentos como este. Jugar en un campo profesional, oír a miles de personas coreando mi nombre, ser el responsable de llevar al equipo a la gloria...

Estos momentos demostraban que lo había logrado y que mis críticos se equivocaban, algo que había dejado claro muchas veces.

A fin de cuentas, era Asher Donovan.

Pero ese día, en el último minuto del último partido de la temporada de la Premier League, me sentía solo Asher, el fichaje más reciente y controversial del Blackcastle.

Era mi primera temporada con el equipo, íbamos empatados y éramos los segundos en la clasificación por detrás del Holchester United.

Nos hacía falta ganar para llevarnos el trofeo a casa, pero, hasta el momento, el partido había sido una sucesión de desastres.

Un balón interceptado por aquí, un penalti fallado por allá... Estábamos dispersos y prácticamente podía ver cómo la victoria se me escapaba entre los dedos.

Mi frustración aumentó mientras intentaba atravesar el remolino de defensas del Holchester. Bocci, Lyle, Kanu... Me conocía bien sus movimientos, pero ellos también se sabían los míos.

Ese era el problema de jugar contra tu antiguo equipo, no tenías dónde esconderte.

No había salida, le pasé el balón a otro delantero e intenté ignorar la cuenta atrás del cronómetro.

Cuarenta segundos.

Treinta y nueve.

Treinta y ocho.

El balón botó entre dos jugadores hasta que, en un golpe de suerte tan bueno como malo, Vincent se hizo con el balón con un contraataque.

Los vótores se atenuaron hasta convertirse en un ronco rugido bajo el peso de mi anticipación.

Diecisiete.

Dieciséis.

Quince.

Estaba en una posición perfecta para recibir el balón. Tenía un tiro a la portería claro, pero veía los ojos de Vincent buscando a alguien por el campo, a cualquier otro jugador al que pasarle el balón.

El corazón me latía al ritmo de los segundos restantes del reloj.

«Venga, cabrón».

No había nadie más, era el único jugador del equipo con

posibilidades de marcar. Vincent debió de llegar a la misma conclusión porque, finalmente, con la mandíbula apretada, me pasó el balón.

El entusiasmo de la afición aumentó, pero era demasiado tarde.

Los segundos de vacilación de Vincent les había proporcionado un hueco a los del Holchester y se hicieron con el balón antes de que pudiera tocarlo.

Un gruñido colectivo recorrió el campo.

Parpadeé para protegerme del sudor e intenté concentrarme, pero las miradas burlonas de mis antiguos compañeros de equipo y el resplandor de las luces me desorientaron como no me había pasado desde aquel partido tantas lunas atrás.

Cinco.

Un intento fallido de volver a robar el balón.

Cuatro.

Visualicé destellos de titulares y fragmentos televisivos. Traidor. Judas. Vendido. ¿Valía los doscientos cincuenta millones de libras que habían pagado por mí o había sido el error más caro de la historia de la Premier League?

Tres.

Milagrosamente, conseguí el balón en el segundo intento.

Dos.

No tenía tiempo para pensar.

Uno.

Chuté.

El balón voló demasiado lejos mientras sonaba el pitido final y se hizo el silencio en todo el estadio, de modo que solo podía oír mi torrente sanguíneo en los oídos.

A mi alrededor, todo mi equipo se quedó quieto, atónito, mientras los jugadores del Holchester saltaban y gritaban entre celebraciones.

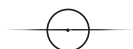
Se había acabado.

Habíamos perdido.

Mi primera temporada con el Blackcastle, la temporada en la que se suponía que tenía que conseguir el trofeo para el equipo, se había acabado y habíamos perdido.

Todo mi entorno se desdibujó en una corriente de ruido y movimiento. Apenas sentía el dolor muscular y las palmas de consuelo de mis compañeros en la espalda.

Apenas sentía nada.



Nadie habló durante el trayecto hasta el vestuario, pero se percibía el temor en el ambiente.

Lo único peor que perder un partido era enfrentarse al entrenador después, y apenas nos dejó sentarnos antes de arrancar.

Frank Armstrong era una leyenda en el mundo del fútbol. Como jugador, era famoso por los *hat-tricks* que había conseguido en los noventa. Como entrenador, era conocido por su enfoque innovador y su temperamento irritable, que ponía de manifiesto con nosotros.

—¿Esos son los estándares con los que jugáis? —exigió—. ¿Esos son vuestros putos estándares? Pues que sepáis que no se acercan ni remotamente al nivel de la Premier League. ¡Son una puta mierda!

Falta de concentración, un trabajo en equipo horrible, falta de cohesión... Tocó todos los problemas con los que llevaba insistiéndonos desde que me habían fichado a mitad de temporada y no era necesario ser ningún genio para saber por qué.

Incluso mientras el entrenador nos regañaba, las miradas iban de mí a Vincent, que estaba sentado al otro lado de la sala.

Las dinámicas de equipo se habían jodido con mi llegada. En parte había sido por la consecuencia natural de la incorporación de un miembro nuevo a un club cerrado, pero sobre todo había sido porque yo, el máximo goleador de la liga, y Vincent, el capitán y defensa estrella del club, nos odiábamos mutuamente.

Jugábamos en posiciones diferentes, pero nuestra rivalidad tenía una gran fama. Era mi único competidor en prensa, estatus y patrocinios (elementos muy importantes en nuestro mundo), pero la mayor fuente de discordia entre nosotros provenía de lo que había sucedido en el último Mundial.

La falta. La pelea. La tarjeta roja.

Intenté no pensar en ello. Si lo hacía, era posible que acabara dándole un puñetazo y dudaba de que al entrenador le hiciera gracia que le pegara durante su charla sobre el trabajo en equipo.

—¡DuBois! ¡Donovan!

Levanté la cabeza al oír mi apellido y Vincent hizo lo mismo.

Al parecer, el discurso se había acabado, puesto que el resto del equipo ya se estaba cambiando mientras él nos fulminaba con la mirada.

—A mi despacho. Ahora mismo.

Obedecemos sin oponer resistencia. No éramos estúpidos.

—¿Tenéis alguna idea de por qué os he hecho venir a vosotros dos en particular?

El entrenador ni siquiera esperó a que se cerrara la puerta del todo para empezar con la segunda parte de la bronca.

Vincent y yo nos quedamos callados.

—Os he hecho una pregunta.

—Porque hemos perdido —contesté, pero se me retorció el estómago al pronunciar la palabra «perdido».

Todo el mundo odiaba perder, pero la derrota de ese día me dolía especialmente porque sabía que había gente esperando a que la cagara en el Blackcastle. Sobre todo, los aficionados del Holchester United que me odiaban por haberme pasado a su mayor rival.

Había tenido muchos detractores de pequeño: profesores que pensaban que nunca llegaría a nada, aficionados al fútbol que creían que era una flor de un día, periodistas que buscaban trapos sucios en todos los aspectos de mi vida... No soportaba demostrar que mis críticos tenían razón.

—No. No es porque hayamos perdido —espetó el entrenador—. Es porque el resto del equipo os mira a vosotros, pero habéis dejado que vuestra estúpida rivalidad afecte a vuestro juego. Y lo peor es que está afectando a la moral.

Nos hundimos en las sillas bajo su mirada fulminante.

—Sabía que habría un periodo de transición, pero creía que lo superaríais y que resolveríais vuestros problemas porque sois adultos. Sin embargo, me da la sensación de que estoy tratando con niños porque aquí estamos, con la temporada acabada, y no tengo nada que mostrar, excepto un puñado de errores que podrían haberse evitado si hubierais aprendido a trabajar juntos de una puta vez. —El entrenador fue elevando la voz con cada palabra hasta que llegó al volumen suficiente para atravesar las paredes.

La charla del vestuario se fue apagando y un rubor de vergüenza me tiñó la cara.

La decepción del entrenador me resultaba tan insoportable como el hecho de no haber ganado la liga. De pequeño lo idolatraba y la oportunidad de trabajar con él había sido un factor decisivo a la hora de presentar mi solicitud de transferencia.

No era así como me había imaginado el final de nuestra primera temporada juntos.

Vincent se removió a mi lado.

—Entrenador...

—No me hagas empezar contigo —lo interrumpió él—. ¿Qué coño ha pasado los últimos veinte segundos? Donovan estaba justo ahí. Tendrías que haberle pasado el puto balón cuando has tenido la oportunidad. Ves el hueco, pasas el balón. ¡Es de primero de fútbol!

Vincent apretó la boca. No podía decir lo que todos sabíamos: que no me había pasado el balón inmediatamente porque no quería que yo marcara el gol de la victoria. Los medios habrían reproducido el gol una y otra vez y yo me habría llevado toda la gloria. Vincent no habría podido soportarlo.

Capullo egoísta. No me paré a pensar si yo hubiera hecho lo mismo en su lugar.

La mirada del entrenador se agudizó. Llevaba el tiempo suficiente entrenando a futbolistas como para comprender las motivaciones de Vincent sin que este las verbalizara.

—Como veo que queréis comportaros como niños, os trataré como a niños —dijo—. Normalmente, dejo el entrenamiento de fuera de temporada en manos de cada jugador, pero este verano no. Este verano, entrenaréis ambos en la Royal Academy of *Ballet*. Juntos.

—¡¿Qué?! —exclamamos Vincent y yo al unísono.

Mi sentido de supervivencia no fue capaz de superar la sorpresa de la sentencia dictada por el entrenador. Los clubs casi nunca especificaban cómo debíamos pasar el descanso entre temporadas. Los jugadores provenían de todas partes del mundo, así que el verano era la oportunidad de irse a casa, ver a las familias y entrenar como cada uno considerara.

—Ya he hablado con la directora de la RAB. Le parece bien —continuó el entrenador—. No os había dicho nada hasta ahora porque quería ver si podíais comportaros duran-

te el último partido y conseguir la puta victoria. No habéis podido, así que recibiréis lecciones privadas con la misma instructora durante el verano. Es una de las mejores y tiene muchos conocimientos de fútbol. Estaréis en buenas manos.

No quería estar en unas manos que no fueran las mías. No tenía nada contra el *ballet*. Aunque nunca había hecho entrenamiento cruzado usando técnicas de *ballet*, sabía que había jugadores que lo habían hecho y que aseguraban que habían mejorado en fuerza, flexibilidad y técnica de juego de pies.

Sin embargo, yo ya había elaborado mi plan de entrenamiento. No necesitaba que interviniera una desconocida para decirme lo que tenía que hacer.

Vincent se enderezó y su rostro adquirió una palidez fantasmal.

—No me digas que es...

—Vuestra instructora será Scarlett DuBois —declaró el entrenador con una alegre sonrisa—. De nada.

«¿DuBois? Como...».

—¿La hermana de Vincent? —espeté—. Tiene que ser una broma. ¡Hay conflicto de intereses!

No había visto nunca a la hermana de Vincent, aunque había oído hablar de ella. Estaban muy unidos. Vaya suerte la mía. No me hacía ninguna falta que los hermanos DuBois conspiraran juntos contra mí.

—No quiero entrenar con mi hermana —dijo Vincent—. No es... no.

—Por suerte, ninguno de los dos tiene voto en esto. —El volumen de la voz del entrenador había vuelto a los niveles normales, aunque seguía siendo igual de cortante—. La directora me ha asegurado que es la persona más adecuada para esto y que no dejará que vuestros vínculos personales afecten a su trabajo. Y le creo. Eso significa que los dos entre-

naréis con Scarlett y que os lo tomaréis en serio. Y, ¿caballeros? —nos lanzó una mirada de advertencia—, cuando volváis, más os vale convencerme de que sois capaces de trabajar juntos y no el uno contra el otro o solo probaréis banquillo. Me importa una mierda que seáis el capitán y el mayor goleador del equipo. ¿Entendido?

—Sí, señor —refunfuñamos los dos.

El entrenador estaba decidido. No podíamos decir ni hacer nada al respecto, lo que significaba que iba a pasar todo el puto verano pegado a los hermanos DuBois.

Se me tensó la mandíbula.

No sabía mucho sobre Scarlett DuBois, pero teniendo en cuenta que estaba emparentada con Vincent, sabía una cosa: no iba a caerme bien.

En absoluto.

2

Scarlett



—Ahora un poco más rápido. Atrás, al lado, atrás, al lado.
—Recorrí el estudio mientras corregía la postura y la alineación de los alumnos—. No os paséis hacia atrás. Ahora *demi-plié*...

Me dolía la pierna, pero lo ignoré. Era soportable comparado con los verdaderos brotes, que podían durar días, semanas o meses, y solo quedaban diez minutos para que acabara la clase. Ya lidiaría con ello luego.

El estudio estaba en silencio, salvo por el sonido de mi voz y la música del piano al ritmo de los movimientos. Daba las clases de nivel avanzado y las magistrales, y a esos niveles los alumnos estaban tan concentrados que podría explotar una bomba nuclear y no se darían cuenta.

Yo solía ser uno de esos alumnos y, por mucho que me gustara enseñar, deseaba poder volver atrás en el tiempo para estar al otro lado de las clases. Las cosas eran muy diferentes entonces y...

«Para. Basta de autocompasión, ¿recuerdas?».

Sacudí la cabeza y me volví a concentrar en mi tarea.

—Más rápido, Jenna. Arriba y aguanta... —Vacilé cuando se intensificó el dolor, pero me recuperé rápidamente—. Bien. Abre un poco más la pierna de apoyo.

Llevaba cinco años viviendo con un dolor más o menos constante y con fatiga, así que aguanté hasta el final sin problema.

Sin embargo, necesité toda mi fuerza de voluntad para no echar a mis alumnos al terminar la clase para poder sentarme en silencio.

Solo durante un minuto. Solo para poder respirar.

—Disculpe, señorita DuBois.

Miré hacia delante. Emma estaba frente a mí jugueteando primero con su falda y luego con el cuello de su maillot.

—Siento molestarla, pero tengo algo que contarle. —Su emoción brillaba a través de su habitual timidez—. ¿Recuerda cuando me presenté a las audiciones de *El cascanueces* la semana pasada? Hoy han publicado la lista del elenco. ¡Voy a ser el Hada de Azúcar!

—¡Dios mío! —Me llevé la mano a la boca—. ¡Enhorabuena! Emma, eso es fantástico.

No fue la respuesta más profesional, pero Emma había sido mi alumna durante años y, aunque técnicamente no podíamos tener favoritos, era mi favorita en secreto. Trabajaba duro, tenía una actitud muy buena y no era rencorosa ni competitiva con sus compañeros.

El cascanueces era su *ballet* favorito. Si alguien se merecía su papel más prestigioso era ella.

Yo había formado parte del jurado de las audiciones, pero nadie sabía el elenco final hasta que el director lo anunciaba. Aún no había mirado mi bandeja de entrada, así que se me había pasado.

—Gracias. Todavía no me lo puedo creer —dijo Emma casi sin aliento—. Es un sueño hecho realidad y no lo podría haber hecho sin usted. Me gustaría..., bueno, si no está ocupada, me encantaría que viniera al estreno. Sé que estamos en mayo y no se estrena hasta diciembre, y sé que normal-

mente no asiste a nuestras actuaciones, pero he querido pedírselo de todas formas. —Se le sonrojaron las mejillas—. Será en el Teatro Westbury también.

«El Teatro Westbury».

Escuchar ese nombre fue como recibir un puñetazo en el estómago y mi emoción se escapó como agua a través de un colador.

Emma tenía razón. Nunca asistía a las actuaciones porque siempre eran en Westbury.

Quería apoyar a mis alumnos, pero solo pensar en acercarme al teatro despertaba el pánico.

—No tiene por qué hacerlo —dijo Emma, que obviamente se había percatado de mi cambio de humor. Se mordió el labio inferior—. Es durante las vacaciones, así que lo entiendo...

—No, no es eso. —Esbocé una sonrisa forzada—. Me encantaría ir, pero puede que no esté en la ciudad. Todavía no estoy segura. Te avisaré.

Odiaba mentirle, pero era mejor que decir que preferiría clavarme un cuchillo en la pierna antes que pisar Westbury.

Ese lugar albergaba demasiados recuerdos. Demasiados fantasmas de lo que había amado y perdido.

—Vale. —La cara de Emma recobró algo de luz—. La veo en la próxima clase, entonces.

—Por supuesto. Felicidades de nuevo. —Mi sonrisa fue más sincera esta vez—. El Hada de Azúcar es un papel muy importante. Deberías estar orgullosa.

Esperé hasta que la puerta se cerró y Emma estuvo fuera para soltar un suspiro tembloroso y hundirme en el suelo.

La molestia que sentía en la pierna se convirtió en un dolor agudo e intenso, como si la mera mención de Westbury hubiera despertado lo peor de mi condición.

«Inhala, uno, dos, tres».

«Exhala, uno, dos, tres».

Odiaba medicarme, así que hacía respiraciones para poder soportar el dolor en lugar de abrir la caja para emergencias que llevaba en el bolso.

Por suerte, mis síntomas habían mejorado mucho a lo largo de los años gracias a cambios en mi estilo de vida y una cuidadosa gestión del estrés. Ya no era como en los meses que siguieron al accidente, cuando apenas podía salir de la cama, pero tampoco era un camino de rosas.

No podía saber cuándo atacaría el dolor o la fatiga. Tenía que estar siempre alerta, pero había aprendido a vivir con ello más o menos. Era adaptarse o hundirse, y no quería seguir hundida.

Me sonó el móvil. Lo cogí sin mirar quién era; solo había una persona en mi lista de contactos con ese tono.

—Lavinia quiere verte en su oficina —dijo Carina sin preámbulos—. No te preocupes, no es nada malo. —Una pausa—. Creo.

Me pilló tan por sorpresa que me olvidé de la pierna durante un instante.

—Espera. ¿De verdad?

Lavinia era la directora de la RBA y probablemente la persona más intimidante que había conocido nunca. Llevaba cuatro años trabajando en la academia y nunca la había visto organizar una reunión improvisada.

«Esto no puede ser bueno».

—Sí. —La voz de Carina se convirtió en un suspiro—. He intentado averiguar algo más, pero se lo tiene muy calladito. Solo me ha dicho que te diga que vayas a verla en cuanto acabes la clase.

—Está bien. —Tragué saliva—. Dios, me va a despedir.

¿Era porque me negaba a ir a las actuaciones? ¿Creía que era mala trabajando en equipo? A ver, no era la mejor, pero porque la gente era muy...

—¡No! Claro que no. Si te despide, tendrá que despedirme a mí también —dijo Carina—. Vamos en el mismo paquete y las dos sabemos que no puede permitirse perder a su mejor profesora y a su asistente de confianza. Soy la dueña de todos sus PDF.

Una débil risa se abrió paso a través de mi ansiedad. Siempre sabía cómo hacerme sentir mejor.

Había perdido a muchos «amigos» después del accidente, pero había conocido a Carina tres años atrás, cuando entró en la RBA como la asistente ejecutiva de Lavinia. Nos habíamos llevado bien desde el primer día gracias al amor que compartíamos por la telebasura y los rompecabezas, y desde entonces éramos las mejores amigas.

—Ya voy —dije—. Ahora te veo.

Me puse de pie con una mueca, pero el dolor volvió a convertirse poco a poco en una molestia soportable. O tal vez todo estaba en mi cabeza y solo era soportable en comparación con mi ansiedad por las nubes por culpa de la reunión sorpresa.

Carina estaba al teléfono cuando llegué, pero articuló «buena suerte» y me dedicó un pulgar hacia arriba mientras llamaba a la puerta del despacho de la directora.

—Adelante.

Entré con el cuidado de alguien que se acerca a una serpiente irritada.

El despacho de Lavinia era tan aseado y refinado como ella. Unas ventanas gigantes daban a la academia y una galería de fotos cuidadosamente colocadas presidía la pared frente a la puerta. Capturaban a la famosa y retirada *prima ballerina* en todos los momentos de su trayectoria, desde ingenua desplegando las alas, pasando por estrella internacional, hasta leyenda retirada.

Lavinia estaba sentada detrás de su escritorio con el pelo

recogido en un moño y las gafas colocadas sobre su elegante nariz mientras ojeaba unos papeles.

—Por favor, siéntate. —Señaló la silla frente a ella.

Obedecí intentando domar mi avalancha de nervios y fracasando por completo.

—Ambas estamos ocupadas, así que iré al grano. —Lavinia nunca se andaba con rodeos—. Vamos a trabajar con el Blackcastle en un programa especial de entrenamiento este verano. Quiero que tú lo dirijas.

Me quedé boquiabierta. De todo lo que había imaginado que diría, un programa de entrenamiento cruzado de fútbol estaba entre las últimas cinco opciones.

Es cierto que había dirigido programas similares en el pasado, pero normalmente eran para equipos de segunda, no para la maldita Premier League.

—Por dirigir quieres decir...

—Los entrenarás. Eres una de mis mejores profesoras y estás familiarizada con el fútbol —dijo Lavinia—. Confío en que harás un buen trabajo.

Reprimí un rechazo instintivo. Sabía exactamente lo que quería decir con «familiarizada con el fútbol». Al fin y al cabo, mi hermano era el capitán del Blackcastle.

Sin embargo, por mucho que lo quisiera a él y al equipo, no quería entrenarlo ni a él ni a sus compañeros. La mayoría de los futbolistas eran arrogantes, insufribles y egoístas.

Lo sabía muy bien, había salido con uno.

Vincent era la única excepción a mis sentimientos antifutbolistas y solo porque era familia.

—Es un honor que haya pensado en mí —dije cuidadosamente—. Pero tengo todas las horas ocupadas este verano y creo que hay profesores más cualificados para este puesto. Menos conflicto de intereses.

Las cejas de Lavinia se alzaron una fracción de centímetro.

—¿Me estás diciendo que no puedes dejar a un lado tus sentimientos y ser profesional?

Joder. Me había metido de lleno en una trampa que debería haber visto venir.

—No, claro que no. Solo estoy anticipándome a problemas basándome en la posible percepción de otras personas. —Puse la primera excusa que se me ocurrió—. No quiero que se me acuse de tener favoritismos.

—Yo me encargaré de todos los problemas que puedan surgir. —Mi explicación había dejado a Lavinia indiferente—. Si te hace sentir mejor, solo entrenarás a dos jugadores, no a todo el club.

Parpadeé, pillada por sorpresa dos veces en cinco minutos. Tenía que ser un récord.

Había pensado que era raro que el Blackcastle obligara a sus jugadores a quedarse en Londres fuera de temporada, pero dada su actuación el día anterior, supuse que debía de ser una excepción.

El giro de los dos jugadores supuso tanto un alivio como un problema.

—Supongo que mi hermano es uno de los dos jugadores —dije. De lo contrario, Lavinia habría ignorado el tema del conflicto de intereses—. ¿Quién es el otro?

Hubo una breve pausa antes de que respondiera.

—Asher Donovan.

El estómago me dio un vuelco.

—¿Asher Donovan? —No podría haber contenido ese arrebato ni aunque lo hubiera intentado—. ¿Quieres que entrene a Vincent y a Asher en clases privadas durante todo el verano? ¡Se van a matar!

Había perdido la cuenta del número de veces que había tenido que escuchar a Vincent despotricar contra Asher y en internet había un debate constante sobre quién era mejor ju-

gador. Yo pensaba que las comparaciones eran injustas teniendo en cuenta que jugaban en posiciones diferentes, pero a la gente le encantaba enfrentarlos.

Todo había empezado años atrás, cuando una inocente encuesta online del periódico *Match* pidió a la gente que votara al mejor futbolista emergente. Asher ganó a Vincent por un punto, lo cual cabreó mucho a mi hermano. Desde entonces, su rivalidad había aumentado hasta abarcar quién cobraba más (Asher), quién tenía más patrocinadores (Vincent) y quién había ganado más Balones de Oro (Asher, aunque han recibido el mismo número de nominaciones). Llegó a un punto crítico en el último Mundial, cuando la tarjeta roja de Asher convirtió su enemistad en algo todavía más amargo.

—Parte de tu trabajo es asegurarte de que no se maten. —Las facciones de Lavinia se relajaron un poco—. Sé que es injusto que te suelte esto de repente con tan poca antelación, pero cuando Frank me llamó, quedamos en mantener el acuerdo en secreto tanto tiempo como fuera posible para evitar que se filtrara. —Frank era el entrenador del Blackcastle—. Tampoco había tomado la decisión hasta después del partido de ayer.

Entendí su razonamiento, pero eso no significaba que tuviera que gustarme. De hecho, cuanto más pensaba en ello, más se me retorcía el estómago.

Era fácil imaginar por qué Frank Armstrong había escogido a mi hermano y a Asher. Su hostilidad había causado muchos problemas y había llevado al Blackcastle a perder la liga este año. Su relación era tensa en un buen día y, obviamente, Frank quería que arreglaran las cosas obligándolos a entrenar juntos.

Hasta ahí todo bien, pero por desgracia eso significaba que ahora yo estaba metida en medio.

Asher Donovan. De toda la gente en el mundo, el otro jugador tenía que ser él. Era el amor platónico de la mayoría de las mujeres y puede que también fuera el mío de no ser por mi lealtad hacia Vincent, mi estricta regla antifutbolistas y su cuestionable reputación.

Por lo general, Asher estaba considerado el mejor jugador del mundo. El delantero que era tan bueno como guapo, el jugador cuyos goles habían salvado a su equipo de la derrota en incontables ocasiones. Pero a pesar de su talento en el campo, estaba cubierto de controversias fuera de él. Los accidentes de coche, las fiestas, la infinita fila de mujeres... Todo material para las revistas que el público devoraba como caramelos en una fiesta de niños.

No lo conocía, pero si otros futbolistas tenían complejo de Dios, podía imaginarme lo grande que sería el suyo.

—¿Hay algo que pueda decir para librarme de esto?
—pregunté con esperanza.

Las cejas de Lavinia se alzaron otro medio centímetro.

Aguanté un suspiro. «Ya me imaginaba».

—Las clases empiezan el lunes —dijo—. Ya has hecho entrenamientos cruzados con futbolistas antes, así que unos pequeños cambios en tus rutinas anteriores deberían ser suficientes. También he echado un vistazo a tu horario de verano y he hecho los ajustes pertinentes. ¿Alguna pregunta más?

Me estaba pidiendo sutilmente que me retirara.

—No —dije—. Tendré el plan de entrenamiento definitivo listo para el lunes.

—Bien. —Lavinia volvió a sus papeles—. Gracias, Scarlett.

Ahí sí que me pidió que me retirara claramente.

Cuando salí de su despacho, Carina ya me estaba esperando con el bolso en la mano. Eran las seis y treinta y cinco, lo cual significaba que estábamos oficialmente fuera del horario de trabajo.

Hizo una mueca cuando me vio.

—¿Tan mal? —Podía leer mis expresiones mejor que nadie.

—Te lo cuento con una copa —dije—. Necesito una. Ya.